

EL ÚLTIMO INVITADO

Megan Miranda

Traducción: Luisa Teresa Borovsky

MÖTUS

LA FIESTA CON ACOMPAÑANTE

ESTUVE A PUNTO DE REGRESAR. De ir a buscarla. Cuando no apareció. Cuando no me devolvió la llamada. Cuando no respondió mi mensaje de texto.

Pero allí estaban las bebidas, los coches que me cerraban el paso y la responsabilidad: se suponía que debía estar atenta. Tenía que ocuparme de que la noche transcurriera sin inconvenientes.

De todos modos, si hubiera regresado, ella se habría reído de mí. Habría puesto los ojos en blanco. Habría dicho: “Avery, ya tengo una madre”.

Son excusas. Lo sé.

Yo había sido la primera en llegar al Mirador.

Ese año la fiesta se hacía en una de las casas de alquiler en la zona del Mirador, con tres dormitorios, ubicada al final de un largo camino arbolado, por el que apenas podían maniobrar dos coches al mismo tiempo. Los Loman la habían bautizado Blue Robin por sus paredes revestidas con tablas de madera azul pálido y porque el techo parecía la cúpula de un comedero de pájaros. Para mí ese nombre era apropiado porque la casa se revelaba como un destello de color entre

los árboles solo cuando uno se topaba con ella; era imposible verla antes.

Aunque la ubicación no era la mejor, ni tenía la mejor vista —demasiado lejos del mar para verlo, lo suficientemente cerca para oírlo— era la más alejada del hostel que se encontraba calle abajo y el patio estaba rodeado de tupidos cipreses, por lo que confiaba en que nadie se fijaría en ella o se quejaría.

De cualquier modo, todas las casas de veraneo que arrendaban los Loman eran iguales por dentro. A veces me desorientaba al recorrerlas: un sillón columpio en el porche en lugar de peldaños de piedra, el océano en lugar de las montañas. Tenían el mismo suelo de baldosas, el granito del mismo tono, el mismo estilo rústico sofisticado. Y las paredes decoradas con escenas de Littleport: el faro, los blancos mástiles danzando en el muelle, las crestas espumosas de las olas que chocaban con los acantilados.

Una costa accidentada, así la llamaban, dedos de tierra que se asomaban desde el mar. El litoral rocoso que trataba de mantenerse firme ante el oleaje. Las islas que aparecían y se esfumaban a la distancia, con la marea.

Lo entendía. Entendía la razón de conducir desde las ciudades los fines de semana largos o de cambiar de lugar por unos días en la temporada veraniega. Comprendía por qué un lugar que parecía tan pequeño y modesto era tan exclusivo. Era un pueblo construido en medio de la naturaleza virgen, montañas a un lado, océano al otro, al que solo se accedía gracias a un camino costero y a la paciencia. Existía por pura obstinación, resistiendo a la naturaleza por uno y otro lado.

Quienes habíamos crecido allí teníamos la sensación de haber sido forjados con ese mismo carácter.

En la barra de granito de la cocina dejé las botellas con restos de licor que había traído de la casa principal, guardé los

adornos frágiles y encendí las luces de la piscina. Luego me serví un trago y me senté en el patio trasero para escuchar los sonidos del mar.

El frío viento otoñal atravesaba los árboles. Temblé y me cerré la chaqueta.

Esa fiesta anual siempre peligraba por algún motivo, era la última batalla contra el cambio de estación. Oscuro e interminable, el invierno aquí cala los huesos. Llegaría tan pronto como los visitantes se hubieran ido.

Pero antes ocurriría esto.

Otra ola rompió a la distancia. Cerré los ojos, conté los segundos. Esperé. Esa noche estábamos allí para despedir la temporada de verano, que el mar ya se había llevado sin nuestro permiso.

Luciana llegó cuando la fiesta estaba en su mejor momento. No la vi entrar; se quedó a solas en la cocina, insegura. Alta e inmóvil, se mantuvo lejos del centro de la acción, observando todo lo que sucedía. Era su primera vez en este tipo de fiesta. Muy diferente —yo lo sabía— de las reuniones a las que había asistido durante el verano. Su bienvenida al mundo de los veranos en Littleport, Maine.

Le di una palmada en el codo. Ella se sobresaltó, giró hacia mí y suspiró. Parecía contenta de verme.

—Esto no es exactamente lo que esperaba.

Se la veía demasiado elegante para la ocasión. El cabello prolijamente rizado, los pantalones formales, los tacones altos. Parecía vestida para ir a un *brunch*.

Sonreí.

—¿Sadie está contigo? —le pregunté. Miré hacia el salón buscando su conocido cabello castaño claro partido al medio, las finas trenzas que salían de las sienes y se unían por detrás de la cabeza. Una niña de otra época. Me mantuve atenta, intentando detectar el sonido de su risa.

Luce meneó la cabeza, las ondas de cabello oscuro se balancearon sobre sus hombros.

—No. Creo que todavía está empacando. Parker me trajo hasta aquí. Dijo que quería dejar el coche en el hostel para que luego fuera más sencillo salir —explicó, apuntando con su mano hacia el hostel The Point, una mansión victoriana situada en la cima del punto panorámico, con ocho dormitorios, múltiples torres y un balcón mirador. Desde allí se podía ver casi todo Littleport. En realidad, todo lo que era interesante de ver: desde el puerto hasta la franja arenosa de Breaker Beach en la zona norte de la ciudad, donde vivían los Loman, con sus imponentes acantilados.

—No debería aparcar allí —dije, teléfono en mano. Tantas precauciones para que los propietarios del hostel no supieran de la fiesta serían inútiles si la gente empezaba a dejar sus coches en ese lugar.

Luce se encogió de hombros. Parker Loman hacía lo que le daba la gana, sin preocuparse por las consecuencias.

Acerqué el teléfono a un oído, me cubrí el otro con la mano. La música apenas me permitió escuchar:

“Hola, te has comunicado con Sadie Loman...”.

Corté la llamada, deslicé el teléfono en mi bolsillo y le ofrecí a Luce una taza de plástico rojo.

—Toma —le dije.

Lo que en realidad quería decirle era: Por Dios, respira hondo y relájate. Pero habría traspasado los límites habituales de mis conversaciones con Luciana Suárez. Ella sostuvo la taza, vacilante, mientras yo apartaba botellas medio vacías en busca del whisky que —lo sabía— era su preferido. Era lo único que verdaderamente me gustaba de ella.

Lo serví. Ella frunció el ceño y dijo:

—Gracias.

—Por nada.

Después de haber pasado juntas todo el verano, Luciana

aún no lograba formarse una opinión sobre mí, la mujer que vivía en la casa de huéspedes de la residencia de verano de su novio. Amiga o enemiga. Aliada o adversaria.

Entonces pareció haber decidido algo, porque se acercó un poco, como si se propusiera contar un secreto.

—Aún no comprendo.

—Lo entenderás —dije sonriente.

Luciana había cuestionado esa fiesta desde que Parker y Sadie le hablaron de ella, cuando le dijeron que no se marcharían con sus padres el fin de semana en que se celebraba el Día del Trabajo. Concluida la temporada de vacaciones se quedarían una semana más, para ir a la fiesta.

Una última noche para las personas que vivían allí desde el Día de los Caídos hasta el Día del Trabajo —es decir, las semanas que abarcaba la temporada veraniega y una más— descabrando la vida de quienes habitaban en ese lugar todo el año.

A diferencia de las demás fiestas a las que había sido invitada por los Loman, aquí no había servicio de comida, camarera o barman. Los reemplazaba una variedad de sobrantes que los invitados habían conseguido en los aparadores de bebidas alcohólicas, los refrigeradores y las despensas de sus casas de alquiler. Todo era desorden y disparidad.

Era una noche de exceso, una larga despedida antes de nueve meses para olvidar y para esperar que otros también hubieran olvidado.

La Fiesta con Acompañante era exclusiva y a la vez no lo era. No tenía lista de invitados. Se aceptaba a cualquier persona enterada de su existencia. Para entonces los adultos con responsabilidades habían reanudado su vida normal. Los niños debían regresar a la escuela y sus padres se marchaban con ellos. Este era un festejo para mayores de dieciocho años; universitarios y jóvenes lo disfrutaban hasta que las responsabilidades los alejaban, hasta que ese tipo de cosas dejaban de ser interesantes.

Esa noche, a primera vista no era posible distinguir quiénes eran los residentes y los visitantes. Simulábamos ser todos iguales.

Luce miró su refinado reloj de oro dos veces en dos minutos. En cada ocasión lo hizo girar alrededor de su muñeca.

—Por Dios, está demorando mucho.

Al fin Parker llegó. Desde la puerta nos buscó tranquilamente con la mirada. Todas las cabezas giraron hacia él, como solía suceder cuando Parker Loman entraba en el salón: era el efecto de su manera de andar, con una indiferencia que había perfeccionado para que los demás se mantuvieran en alerta.

—El coche va a llamar la atención —le dije cuando llegó hasta nosotras.

Parker se inclinó y rodeó a Luce con su brazo.

—Avery, te preocupas demasiado.

Así era. Aunque lo hacía solo porque Parker nunca consideraba cómo lo veían, desde el otro lado, quienes vivían allí todo el año, los que necesitaban de personas como él y a la vez les tenían antipatía.

—¿Dónde está Sadie? —pregunté en medio de la música.

—Creí que había salido de paseo contigo —respondió Parker. Se encogió de hombros y luego miró hacia la muchedumbre que se encontraba detrás de mí—. Me dijo que no la esperara temprano. Supongo que es su manera de decir: “No iré”.

Su respuesta me hizo menear la cabeza. Sadie no había faltado a ninguna de estas fiestas desde la primera vez, aquel verano cuando fuimos juntas, a los dieciocho años.

Esta vez, más temprano, había abierto la puerta de la casa de huéspedes sin llamar, gritando mi nombre desde el vestíbulo.

—Avery, ¿estás aquí? —dijo mientras entraba en mi habitación. Yo, todavía vestida con mi pijama de pantalón corto y camiseta de manga larga, con el cabello recogido, tenía mi computadora portátil abierta sobre el edredón blanco.

Ella ya se había vestido para la ocasión. Yo, en cambio, estaba poniendo al día mi trabajo para la administradora de propiedades de la compañía Grant Loman, una de las ramas de esa enorme firma de bienes raíces. Sadie, con un vestido azul que parecía una enagua y sandalias de tiras doradas, se inclinó hacia un lado para enseñar la curva de su cadera y preguntó:

—¿Qué tal?

El vestido se adhería a cada una de sus curvas.

Con las rodillas flexionadas apoyé la espalda en las almohadas, pensando que se quedaría conmigo.

—Te congelarás. Lo sabes, ¿verdad? —dije. La temperatura había bajado drásticamente las noches anteriores. Un anticipo del abandono general, según decían los habitantes del lugar.

Una semana después, los restaurantes y las tiendas de Harbor Drive modificarían sus horarios. Los jardineros se transformarían en personal de mantenimiento de las escuelas y en conductores de autobuses. Los chicos que trabajaban como camareros y marineros se marcharían a las pistas de esquí de New Hampshire, para trabajar como instructores.

El resto de nosotros estaba habituado a agotar el dinero ganado en el verano, una especie de reservorio de agua acumulada antes de la sequía.

Sadie había puesto los ojos en blanco. “Ya tengo una madre”, solía decir, pero hurgó en mi armario y se encogió de hombros ante un jersey color castaño que de todos modos había sido suyo. Su atuendo se convirtió en una perfecta combinación de elegancia e informalidad. Sin esfuerzo.

Giró hacia la puerta mientras sus dedos jugueteaban incansables con las puntas de su cabello. Derramaba energía.

¿Para qué se había preparado, si no era para esta fiesta?

A través de las puertas abiertas del patio vi a Connor, sentado en el borde de la piscina, los jeans arremangados y los

pies desnudos en el agua. La luz que llegaba desde abajo los rodeaba de un resplandor azulado. Solo porque la bebida me había despertado una sensación de nostalgia estuve a punto de acercarme, de preguntarle si había visto a Sadie, pero aun así cambié de idea. Él me descubrió mientras lo observaba. Me alejé. No esperaba verlo allí, eso era todo.

Tomé mi teléfono. Le envié un mensaje de texto: “¿Dónde estás?”.

Seguía mirando la pantalla cuando vi los puntos. Indicaban que ella estaba escribiendo una respuesta. Se detuvieron, pero no llegó ningún mensaje.

Yo envié uno más: “???”.

No hubo respuesta. Miré la pantalla otro minuto antes de guardar el teléfono. Supuse que estaba en camino, pese a lo que había dicho Parker.

Alguien bailaba en la cocina. Parker echó la cabeza hacia atrás y rió. La magia estaba sucediendo.

Una mano en mi espalda. Cerré los ojos, me apoyé en ella, me convertí en otra persona.

Así ocurren estas cosas.

A medianoche todo se había vuelto fragmentario y brumoso. A pesar de las puertas traseras abiertas, el calor y las risas creaban una atmósfera agobiante en el salón. A través de la multitud la mirada de Parker se cruzó con la mía. Cerca de la salida del patio inclinó levemente la cabeza en dirección a la puerta principal.

Me alertó.

Seguí su mirada. Dos oficiales de policía se encontraban ante la puerta abierta. La ráfaga de aire frío que pasaba desde la entrada hacia las puertas traseras nos devolvió cierta sobriedad. Ninguno de los policías llevaba puesta su gorra. Al parecer se esforzaban por no desentonar. Supe que me correspondería a mí recibirlos.

Si bien la casa estaba a nombre de los Loman, yo figuraba como administradora de la propiedad. Más importante aún, se esperaba que yo navegara entre los dos mundos que coexistían en Littleport, como si perteneciera a ambos, cuando en realidad no era miembro de ninguno de ellos.

Reconocí a los dos hombres, aunque no tanto como para decir sus nombres de memoria. Sin los visitantes del verano la población de Littleport alcanzaba casi los tres mil habitantes. Y sin duda también ellos me reconocieron. Entre mis dieciocho y diecinueve yo había pasado el año metiéndome en problemas. Por su edad los dos podían recordar esa época.

No esperé a oír su reclamo.

—Lo siento —dije, asegurándome de que mi voz sonara sólida y firme—. Me encargaré de que hagan menos ruido. —De inmediato hice un ademán a nadie en particular, para que bajara el volumen.

Los policías no agradecieron mi disculpa.

—Buscamos a Parker Loman —dijo el más bajo, observando a la muchedumbre.

Mi cabeza giró hacia Parker, que ya había comenzado a abrirse paso hacia nosotros.

—¿Parker Loman? —le preguntó el policía más alto cuando se acercó lo suficiente para oírlo. Por supuesto, sabía que era él.

Con la espalda erguida, Parker asintió.

—¿En qué puedo ayudarlos, caballeros? —dijo, transformándose en hombre de negocios, aun cuando un mechón de cabello oscuro caía sobre sus ojos y el sudor acentuaba el brillo de su rostro.

—Debemos conversar con usted afuera —informó el hombre más alto.

Parker, siempre conciliador, supo que debía adoptar una actitud moderada.

—Por supuesto —le respondió, sin acercarse—. ¿Puede decirme antes acerca de qué?

También sabía cuándo hablar y cuándo exigir un abogado. Ya tenía su teléfono en la mano.

—Su hermana —dijo el oficial. El hombre más bajo desvió la mirada—. Sadie —agregó. Con un ademán indicó a Parker que se acercara y bajó la voz, de modo que no pude oír lo que decían, pero todo cambió. La postura de Parker, su expresión, la mano que sostenía el teléfono cayó a un lado de su cuerpo. Me acerqué. Algo se agitaba en mi pecho. Oí el final de la conversación.

—¿Qué ropa llevaba la última vez que la vio? —preguntó el oficial de policía.

Parker entrecerró los ojos.

—No...

Miró hacia atrás, con la esperanza de que ella hubiera entrado el salón sin que nosotros lo advirtiéramos.

Yo no comprendía la pregunta, pero tenía la respuesta.

—Vestido azul. Jersey color café. Sandalias doradas.

Los hombres de uniforme intercambiaron una rápida mirada. Luego se hicieron a un lado para incluirme en el grupo.

—¿Alguna seña personal?

—Esperen —dijo Parker con los ojos cerrados, como si pudiera cambiar el rumbo de la conversación, alterar el inevitable orden de lo que vendría a continuación.

—Sí, tiene una, ¿verdad? —dijo Luce.

Había olvidado que se encontraba allí, detrás de Parker. Llevaba el cabello recogido, su maquillaje había empezado a estropearse, pálidos círculos aparecían debajo de sus ojos. Luce dio un paso adelante. Su mirada se posó en Parker y luego en mí. Asintió, más segura de sí misma.

—Un tatuaje. Aquí —afirmó, señalando en su propio cuerpo el lado izquierdo de la cadera. Su dedo dibujó un ocho en posición horizontal, el símbolo de lo infinito.

El policía tragó saliva y fue entonces cuando todo colapsó.

Nos encontramos en ese instante a la deriva, barquitos en medio del océano, con ese mareo que nunca pude superar cuando navegaba de noche, a pesar de haber crecido tan cerca de la costa. Una oscuridad desconcertante sin marco de referencia.

El policía más alto aferró el brazo de Parker.

—Su hermana fue hallada en Breaker Beach...

El salón vibró. Luce se llevó las manos a la boca. Para mí sus palabras aún resultaban increíbles. ¿Qué hacía Sadie en Breaker Beach? La imaginé bailando con los pies desnudos, nadando desnuda en el agua helada, desafiante. Con el rostro iluminado por el resplandor de una hoguera que habíamos encendido con maderos arrastrados por la marea.

Detrás de nosotros la fiesta continuaba a medias. El alboroto se iba apagando. La música se interrumpió.

—Llame a sus padres —pidió el oficial—. Necesitamos que venga a la estación de policía.

—No, ella está... —dije— empacando, preparándose, en camino.

El policía abrió más los ojos y miró mis manos. Las puntas de mis dedos pálidos lo aferraban por el borde de la manga.

Lo solté. Retrocedí un paso. Tropecé con otro cuerpo. Los puntos en mi teléfono... ella me había escrito. Debía ser un error. Tomé mi teléfono para corroborarlo pero los signos de pregunta enviados a Sadie seguían sin respuesta.

Parker se abrió paso entre los hombres, salió por la puerta principal, desapareció detrás de la casa y se dirigió por el sendero hacia el hostel. En medio de la conmoción nadie podía contenernos. Luce y yo lo seguimos corriendo entre los árboles. Por fin lo alcanzamos en la grava del estacionamiento, cuando entraba en su coche.

Mientras pasábamos por los oscuros escaparates que se alineaban en Harbor Drive solo se oía la respiración entrecortada de Luce. Cuando llegamos a la curva que conducía a

Breaker Beach me incliné hacia la ventana. Más adelante las luces destellaban, los coches de la policía cerraban la entrada al estacionamiento. Pero un policía que montaba guardia detrás de las dunas nos indicó que siguiéramos nuestro camino agitando un bastón fosforescente.

Parker ni siquiera aminoró la velocidad. El coche subió la cuesta de Landing Lane hasta el final de la calle, donde la casa se alzaba oscura tras el acceso bordeado de piedra.

Parker entró directamente, para buscar a Sadie allí, también incrédulo, o bien para telefonar a sus padres en privado. Luce lo siguió lentamente. Subió los peldaños de la entrada. Pero antes miró hacia atrás, hacia mí.

Doblé la esquina de la casa trastabillando, apoyando la mano en el revestimiento para no caer. Dejé atrás el portal negro de acceso a la piscina y luego seguí el sendero del acantilado, el que iba por el borde del precipicio y terminaba de manera abrupta en el extremo norte de Breaker Beach. Allí una serie de peldaños tallados en la roca bajaban hasta la arena.

Quería ver por mí misma la playa. Para creerlo. Ver qué hacía la policía allí abajo. Ver si Sadie discutía con ellos, incluso en ese momento. Si habíamos comprendido mal. Aunque para entonces ya lo sabía. Ese lugar me había quitado a algunas personas. Y había crecido contentándome con olvidarlo.

Podía oír el estrépito de las olas que a mi izquierda chocaban con los acantilados. Podía imaginar cómo se veía la espuma a la luz del día. Pero todo estaba a oscuras, solo me guiaba el sonido. A la distancia, más allá de The Point, los regulares destellos del faro describían un círculo. Aturdida, fui hacia allí.

Había movimiento en la oscuridad, un trecho más adelante. La luz de una linterna me obligó a levantar un brazo para cubrirme los ojos. La sombra de un hombre con su chirriante *walkie-talkie* se acercaba a mí.

—Señorita, no puede estar aquí —dijo.

La linterna regresó a su sitio original. Fue entonces cuando las vi, como un relámpago, iluminadas por el haz de luz. Sentí que la tierra se movía bajo mis pies.

Un par de sandalias doradas que me resultaban familiares. Abandonadas al borde de las rocas.